

# Cuentos y leyendas sobre tesoros perdidos en los Andes ecuatorianos

Cludio Cevallos Berrazueta<sup>1</sup>

---

Trepando por el antiguo camino empedrado que sube hacia la ladera nororiental del volcán Tungurahua, a poca distancia de la ciudad de Baños, por la carretera al Puyo, se llega a la hermosa Hostería "Luna Run Tun", estratégicamente construida en la parte alta del macizo ubicado sobre dicha población, desde donde podemos apreciar una vista panorámica espectacular del escenario andino de esa región.

Siguiendo dicho camino hasta el final, se llega, en un vehículo 4x4, a una pequeña finca campesina de empinada topografía para admirar un hermoso bosque subtropi-

cal con especies vegetales y animales únicas que permiten percibir la sensación de la vecindad amazónica, misteriosa y enigmática. El Tungurahua, todo rocoso y cenizo, con sus antiguos glaciares derretidos bota bocanadas de humo gris que se alza en el cielo en forma de cono. La ruta llega a su fin y debemos dar vuelta en un estrecho espacio luego de lo cual se nos presenta hacia el noreste una vista excepcional y majestuosa del gran sistema montañoso de Los Llanganatis, con su montaña insigne "Yurac Llanganati" o Cerro Hermoso.

No encontramos una sola nube en el firmamento, son las 17 horas

---

1. Ministro del Servicio Exterior Ecuatoriano. Director de Estudios de la Academia Diplomática "Antonio J. Quevedo"

de una hermosa tarde soleada de diciembre que pinta de dorado a toda la misteriosa y poco explorada Cordillera. Vienen a nuestras mentes todos los cuentos de los abuelos y las narraciones que hemos leído de aventureros, cronistas e historiadores, que se han publicado sobre el tesoro de los Incas, parte del cual fue supuestamente escondido por Rumiñahui en los inaccesibles Llanganatis que se alzan hacia el noreste, justamente ante nuestros ojos, desde la orilla izquierda del río Patate que se dirige estrepitosamente en su lecho rocoso, entre gargantas y precipicios, hacia la Cascada del Agoyán, para luego adentrarse como río Pastaza en la selva amazónica. Extasiados ante tan maravilloso paisaje, nos sentimos muy afortunados de poder estar en este balcón andino con un panorama límpido, como muy raras veces se puede tener en este sitio.

Este mágico escenario invita a recordar los mitos y leyendas de "huacas" y "huaqueros" que circulan alrededor de entierros de tesoros escondidos en el Ecuador. Entre las tradiciones más conocidas, y sobre las que se han escrito innumerables artículos y libros, están, justamente, la del tesoro de los Llanganatis y la del oro de los Incas en Quinara.

Si bien el tema del oro de los Incas ha registrado en la historia un movimiento pendular entre la crónica y la leyenda, varios historiadores y analistas sociales lo consideran como un hecho cierto. Así, el uruguayo Eduardo Galeano, en su obra "Las Venas Abiertas de América Latina", citando a Miguel León Portilla, nos cuenta que "el rescate que Francisco Pizarro le arrancó a Atahualpa antes de ejecutarlo consistió en cargas de oro y plata que pesaban más de veinte mil marcos de plata fina y, un millón trescientos veinte y seis mil escudos de oro finísimo".

El mismo autor señala que la cuantiosa exportación clandestina de metales preciosos que salía de América como contrabando hacia las Filipinas, la China y la propia España, no figura en los cálculos de Earl J. Hamilton, constantes en su conocida obra sobre el tema, realizados sobre la base de los datos obtenidos en la Casa de la Contratación, según los cuales entre 1503 y 1660, llegaron al Puerto de Sevilla 185 mil kilos de oro y 16 millones de kilos de plata. La plata transportada a España en alrededor de un siglo y medio excedía tres veces el total de las reservas europeas, cifras que no incluían el contrabando.<sup>2</sup>

"Los metales arrebatados a los nuevos dominios coloniales ameri-

canos estimularon el desarrollo económico europeo y hasta puede decirse que lo hicieron posible", dice el uruguayo Galeano y agrega que "ni siquiera los efectos de la conquista de los tesoros persas que Alejandro Magno volcó sobre el mundo helénico podría compararse con la magnitud de esta formidable contribución de América al progreso ajeno".<sup>3</sup>

La Corona española estaba hipotecada. 1492 no fue solamente el año del descubrimiento de América sino el de la reconquista de su territorio, pues ese año el Rey Fernando de Aragón e Isabel de Castilla abatieron el último reducto de la religión musulmana en suelo español. Costó ocho siglos a España recuperar lo que se perdió en 7 años.<sup>4</sup>

Las arcas reales de la Corona española estaban vacías y cedían por anticipado casi todos los cargamentos de plata a los banqueros alemanes, genoveses, flamencos y españoles en pago de los títulos de deuda, siendo muy poco lo que quedaba incorporado a la economía española, aunque toda esta riqueza quedara formalmente registrada en Sevilla.

Además de la riqueza mineral que fue sacada de tierras americanas hacia Europa, Eduardo Galea-

no sostiene que "la economía colonial latinoamericana dispuso de la mayor concentración de fuerza de trabajo hasta entonces conocida, para hacer posible la mayor concentración de riqueza que jamás haya dispuesto civilización alguna en la historia mundial."

Es interesante recordar que la Corona española, salvo casos contados como el de Colón o Magallanes, jamás financió las empresas de los conquistadores, sino que prefirió "privatizarlas"; y es así como, por ejemplo, Cortés debió hipotecar todos sus bienes para costear su expedición a México y otros aventureros buscaron el financiamiento de banqueros o mercaderes.<sup>5</sup>

Volviendo al tema del oro de los Incas, según el crítico e investigador de la historia, el ecuatoriano Ernesto Salazar, los primeros cargamentos de oro provenientes del Cuzco y Pachacámac llegaron a tiempo a Cajamarca, no así el rescate que venía desde los territorios del norte del Tahuantinsuyo que hoy pertenecen a la República del Ecuador, los que fueron escondidos por sus porteadores, a quienes sorprendió a medio camino la noticia del asesinato del Inca Atahualpa, a

2. Earl Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, Massachusetts, 1934

3. Galeano Eduardo; "Las Venas Abiertas de América Latina".- pp.28,33,34 Siglo XXI Editores; 52ª Edición 1988; Bogotá, Colombia

4. J.H. Elliot, "La España Imperial", Barcelona, 1965

5. J.M. Ots Capdequi, "El Estado español en las Indias", México 1941

partir de lo cual nace la tradición del tesoro escondido del Inca, que se ha ido desfigurando en leyenda a lo largo de los siglos sin que hasta el momento haya sido encontrado, quizás en espera de que algún afortunado logre ubicarlo.<sup>6</sup>

Conocido es que Pizarro estipuló el rescate con su prisionero Atahualpa con todas las solemnidades, para lo cual se trazó una raya roja en el contorno de toda la celda en que estaba retenido, hasta la altura que podía alcanzar el Inca con la mano que ofreció llenar hasta esa marca con piezas labradas de oro y plata, a condición de que no las podían fundir mientras no se hubiere llenado esa medida y, advirtiendo, a la vez, que no podría cumplirse este compromiso en tiempo breve, pues los tesoros debían llegar desde lugares distantes del Imperio como Quito y Cuzco.

Calicuchima fue detenido por los españoles e introducido en la celda de Atahualpa para ser interrogado sobre el destino de los tesoros del Imperio Inca y como respondió que ya no había más oro, fue atado desnudo a un palo y se le amenazó con quemarlo vivo, ante lo cual aceptó confesar, pero no en presencia de su Señor, como en efecto lo hizo, con lo cual los españoles pu-

dieron encontrar gran cantidad de tesoros, sin que por ello haya podido salvar su vida, pues lo mataron bajo el tormento del fuego.

Según Cieza de León, en su "Crónica del Perú", la noche del 14 de agosto, los españoles en Cajamarca observaron alborotados un extraño fenómeno en el firmamento. Atahualpa inquieto ante la conmoción rogó que lo sacaran de su celda y le permitieran ver aquel acontecimiento, pedido al que dieron gusto, pudiendo ver el Inca aquella señal extraordinaria hacia la parte del septentrión, fija en el cielo, que asemejaba una gran lanza de color verde, gruesa en apariencia, como el brazo de un hombre. Dice la narración que a partir de esta fecha, Atahualpa cayó en una gran depresión y melancolía y cuando sus captores le preguntaron la razón de su estado anímico respondió que 15 días antes de la muerte de su padre Huayna Cápac, él había observado en el cielo de Quito la misma señal, por lo que temía que en este caso también su muerte estuviera vecina. La premonición del Inca se cumplió.

El cronista Fernández de Oviedo escribe que "Sabida la muerte de Atabalipa e partido el gobernador (Pizarro) de Cajamarca para el Cuz-

6. Salazar Ernesto, "Entre Mitos y Fábulas, el Ecuador Aborigen" Biblioteca General de Cultura, Corporación Editora Nacional, Quito, 1999

co vinieron muchos indios e allanaron aquel pueblo e no dexaron en el piedra sobre piedra e desenterraron el cuerpo de Atabalipa e se lo llevaron, e no se supo donde lo pusieron. Súpose e díxose por cosa muy cierta, quel capitán "Orominavi" (Rumiñahui) se fue con doce o quince mil hombres de guerra e que llevó 60 mil cargas de oro a Quito e a otras partes donde le pareció que lo podría mejor encubrir".

Las crónicas españolas cuentan que Fernando Pizarro, encontrándose cerca de Cajamarca, topó con el Inca Illescas, hermano de padre y madre de Atahualpa, que traía desde Quito su aporte para el rescate, consistente en 300 mil castellanos de oro y cantidad grandísima de plata que había podido juntar en la Provincia de Puruhá, esto debido a que Rumiñahui, de quien se temía que tuviera intenciones de usurpar el Reino, no había querido entregar nada de los inmensos tesoros reales que había en Quito, con el argumento de que por más que se enviase todos los tesoros, que ya estaban en su poder, siempre les parecería poco a los extranjeros y, por el convencimiento de que Atahualpa nunca saldría con vida.

Temeroso Rumiñahui del avan-

ce del conquistador Benalcázar sobre las tierras de Quito, sacó todo el inmenso tesoro de Atahualpa y lo sepultó en algún lugar con tal habilidad y misterio que hasta el día de hoy no ha podido ser encontrado. Se sabía que Huayna Cápac había permanecido en nuestro territorio cerca de 40 años, por lo que había acumulado un inmenso tesoro para su servicio y el culto religioso. Cuando los españoles entraron en Quito, encontraron la ciudad destruida y al no hallar el tesoro sobre el que tantas noticias recibieron, se dedicaron a cavar las tumbas que encontraron en el lugar, logrando hacerse de considerables objetos de oro y plata.<sup>7</sup>

Pedro Cieza de León, en "La Crónica del Perú", dice que Rumiñahui y sus ayudantes escondieron seiscientos cargas de oro en una laguna o en unos riscos cerca de las nieves, matando a los cargueros para que no revelaran el secreto. En tanto que Oviedo, como ya se dijo, habla de sesenta mil cargas de oro.<sup>8</sup>

Ernesto Salazar, en su libro "Entre Mitos y Fábulas", dice que la tradición ecuatoriana recoge varios lugares donde supuestamente se habría escondido el rescate de Atahualpa que no llegó a mandarse

7. Juan de Velasco, "Historia del Reyno de Quito, Tomo I, Historia Antigua. Casa de la Cultura Benjamín Carrión, Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas, 1996

8. Uzcátegui Andrade Byron, "Los Llanganates y la Tumba de Atahualpa". Ediciones Abya-Yala, Quito

al Cuzco. Entre ellos se pueden citar las inmediaciones del Cerro Atacazo, ubicado al Sur del Pichincha y a mano derecha de la carretera Aloag –Santo Domingo de los Colorados. Curiosamente, conozco versiones de la gente antigua del lugar cuyas leyendas aseguran que parte del tesoro estaría escondido en las aguas de la laguna de “Ninahuilca”, ubicada en una hermosa planada situada atrás del volcán, que está aislada por abismos infranqueables, y que se puede divisar claramente al occidente de la montaña, desde la Cumbre del Atacazo. De allí se admira, además, un hermoso paisaje y las selvas de Santo Domingo de los Colorados hacia el poniente. Cuenta una leyenda más elaborada, que el indio Cantuña habría descubierto el tesoro en esa montaña y que de allí habrían salido los recursos para la construcción de la Iglesia de San Francisco. ¿Mito o realidad? En todo caso es una versión entretenida.

Asimismo, en esa obra se señala que los indígenas de Nizag, en la Provincia de Bolívar, mantienen tradiciones que sostienen que el tesoro de Atahualpa estaría escondido en la montaña conocida como la Nariz del Diablo, del cual se consideran custodios, negando el ingreso a la comunidad a los intrusos que llegan inquiriendo por el tesoro.

El monte Pasochoa, ubicado al sur del Valle de los Chillos y al oriente de Tambillo, es otro de los lugares donde una versión señala que podría estar el tesoro, escondido en socavones y túneles.

Igualmente, los indígenas de la Provincia del Chimborazo sostienen que en el sitio “Militar-Huayco”, donde existen unas ruinas arqueológicas al pie del cerro del mismo nombre estaría escondido el tesoro de Atahualpa.

A propósito de estas versiones, se debe recordar que una misión de arqueólogos y exploradores extranjeros que accedieron en 1999 a la laguna de Ayllón situada en la Cordillera Occidental, en la provincia del Azuay, fueron atacados por los indígenas de la zona cuando se disponían a bucear en sus aguas en busca de restos de piezas arqueológicas, llegando su furia a tal grado que destruyeron las aspas del helicóptero que estaba en tierra, lo que provocó la caída de la nave en la laguna y dejó en grave estado al piloto israelita contratado por la expedición y a otros pasajeros.

En todo caso, las versiones más tradicionales, y que son recogidas de manera constante y profusa por la tradición oral y escrita, son indudablemente aquellas según las cuales el tesoro de Atahualpa estaría escondido en algún lugar remoto

de las localidades de Quinara en la Provincia de Loja, y en los Llanganatis. Pero como sostiene Salazar en su libro "Entre Mitos y Fábulas", el tesoro está en todas partes y en ninguna parte.

Según una de estas leyendas,<sup>9</sup> el secreto del Tesoro de Quinara habría sido revelado a los Jesuitas de Lima por un indígena que fue testigo de su ocultamiento a raíz de la muerte de Atahualpa. De este relato, los religiosos habrían elaborado un derrotero y encomendado a un delegado de la Compañía de Jesús destacado a Loja para la búsqueda del tesoro, que excavó por toda la hacienda sin haber encontrado nada, debiendo regresar a Lima por más información. Como el contenido del derrotero se filtró a la sociedad lojana, ido el clérigo, se formaron compañías de huaqueros para la búsqueda del tesoro.

La tradición atribuye el primer hallazgo de oro a don Antonio Sánchez de Orellana, nacido en Zaruma en 1651 y Corregidor de Loja en la primera década de 1700, hijo del zarumeño Clemente Sánchez de Orellana y Goyas y Jacinta Ramírez de Arellano y Román, quien habría encontrado parte del tesoro en la hacienda de Solanda, cercana

a Quinara, de donde obtuvo tanto oro que le permitió comprar el marquesado de Solanda, de cuya línea desciende la esposa del Mariscal Antonio José de Sucre.

El Rey Carlos II le otorgó en 1700 el título de Primer Marqués de Solanda por la suma de 30 mil pesos<sup>10</sup> y el Vizcondado de Santa Cruz. Hasta 1686, ya había adquirido 8 haciendas: Santo Domingo, Solanda, Santa Ana, Quinara, Tumbianuma, Uchima, Lugunuma y Santa Cruz, en un valor cercano a los 500.000 pesos. Fue Gobernador de Borja en 1694 y financió de su peculio personal el carretero de Loja a Borja. El impuesto que pagó por el título de Marqués fue de 562.000 maravedíes y también pagó otro impuesto llamado de media annata, por el vizcondado.

En la Audiencia fue todo un acontecimiento que un rico zarumeño hubiera alcanzado un título nobiliario de Castilla, cuando en toda esa jurisdicción sólo existía el Condado de Selva Florida, de la familia Ponce de León de Quito, concedido por la Corona diez años antes y sólo en 1703 se otorgó el marquesado de Villarocha para otro quiteño.

El Primer Marqués de Solanda logra en 1699 que se le nombre a

---

9. Jaramillo Alvarado Pfo, Historia de Loja y su Provincia, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1955, Quito

10. Anda Aguirre Alfonso, "Corregidores y Servidores Públicos de Loja, ediciones del Banco Central del Ecuador, Quito, 1987

su hijo Pedro Javier, II Marqués, Alcalde Ordinario en Loja, a los 19 años de edad y en 1702 lo hace nombrar Alguacil Mayor del Santo Oficio de la Inquisición de Loja; en 1708 fue Alcalde Ordinario de Cuenca y luego vive en Latacunga 28 años, de 1710 a 1738 desempeñándose como Corregidor, habiendo construido en la esquina sur oriental de la plaza mayor un soberbio palacete. En 1838 fue designado Corregidor de Quito, donde finalmente entró por primera vez y fijó su residencia.

El Segundo Marqués, Pedro Javier Sánchez de Orellana y Góngora, con su inmensa fortuna, se dice que pudo comprar para su hijo mayor, Fernando Félix Sánchez de Orellana, la Presidencia de Quito, siendo el único ecuatoriano que alcanzó tal dignidad en más de dos siglos de imperio colonial. Como cosa curiosa se puede señalar que Don Pedro fue sometido a dos juicios en 1741, para que reconociera a dos hijos naturales que había tenido con dos hermosas lugareñas de Cuenca en su juventud.

Don Clemente Sánchez de Orellana y Riofrío, nacido en Cuenca en 1709, sobrino del Primer Marqués de Solanda, no se quedaba atrás en riqueza y poder y a partir de 1740 empieza a adquirir un juego de haciendas excepcionales en

Cayambe, Pinantura, Antisana, Leico, Pinsaquí, Pugalpancho y Granobles, por un valor de 240.000 pesos. Más aún, en 1747, conocedor de que el Rey de España había creado y ofrecido en venta un Marquesado para con su producto poder financiar la reparación del Monasterio de Santa Engracia, en Zaragoza, perteneciente a la Orden de Los Jerónimos, por un valor de 22.000 ducados, postula para dicho título y luego de 5 años de proceso obtiene en febrero de 1753 los despachos reales de Primer Marqués de Villaorellana y Primer Vizconde de Antisana, legajos 11.752 y 11.753 del Archivo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, ambos títulos escogidos por él mismo, con los que quería honrar su apellido y su querida hacienda ubicada a los pies del hermoso nevado del mismo nombre, fundo que actualmente es de propiedad del ganadero quiteño José Delgado Mena.

La noticia del título despertó la envidia de los quiteños quienes descalificaban el hecho con el argumento cierto de que los títulos se compraban, que a los nobles los hacía el Rey, pero a los Hidalgos Dios. Frente a esto, don Clemente inició gestiones en 1755, ante la Corona, para ser nombrado Caba-

llero de la Orden de Santiago, para lo cual debía probar nobleza e hidalguía de sus 4 primeros apellidos. El oro y la influencia ayudaron a mover el expediente No. 7.553, que se terminó el 22 de diciembre de 1757 en que se le nombró Caballero de tal Orden, siendo su procurador en Madrid, el quiteño don Miguel Jijón León, alto miembro de la masonería. Siempre fue un misterio el origen de la inmensa fortuna de los Sánchez de Orellana y se la vinculó con el supuesto descubrimiento del tesoro de los Incas en Quinara.<sup>11</sup>

Se conoce de varios otros esfuerzos por encontrar el tesoro de Quinara que terminaron en fracaso. Sin embargo, se recuerda que un militar de apellido Romero habría encontrado en 1787, en la quebrada de Guaguanga, cerca de Quinara, un depósito de oro, hecho que salió a la luz pública debido a que el corregidor de Loja Pedro Valdivieso, habría logrado recabar el impuesto correspondiente al fisco.

Citando a Pío Jaramillo Alvarado, Ernesto Salazar cuenta en su obra ya referida, que este mismo señor Valdivieso, en 1790, gastó buscando tesoros 8.000 pesos en

excavaciones que resultaron infructuosas.

En 1819, una compañía de lojanos, con 4.000 pesos de capital, aseguraba haber dado con el sitio donde estaba el tesoro y con los elementos que permitían su ubicación exacta, pero argumentaron que sus esfuerzos se vieron frustrados cuando los trabajadores movieron un mascarón de piedra que era la señal para la ubicación del entierro. Supuestamente, la dirección original de la mirada de los ojos del mascarón de piedra era clave para dar con el entierro, pues se decía que siguiendo su dirección hasta donde se dejaba escuchar el sonido de una "quipa" era el lugar donde se encontraba el tesoro. Se asegura asimismo, que la quipa fue encontrada con el mascarón, hecho que presenciaron distinguidos y honorables lojanos que daban crédito como testigos.

La existencia del mascarón, en todo caso, es un hecho cierto y Pío Jaramillo Alvarado y don José Miguel Carrión pudieron observarlo en la Hacienda "Palmira" donde servía de base a un pilar de madera de dicha casona.<sup>12</sup>

Fray Vicente Solano recogió en 1840, con ocasión de su primer via-

11. Zaruma, Cuatro Siglos de Peregrinaje Histórico, 1560-1992, artículo de Fernando Jurado Noboa "El destino del Oro de Zaruma". Ediciones de la Corporación de Amigos de la Genealogía, 1992

12. Informe escrito en 1977 por don José Miguel Carrón, publicado por el Consejo Provincial de Loja en una colección de documentos sobre la Historia de Loja, de donde ha tomado la información Pío Jaramillo Alvarado

je a Loja, versiones sobre la existencia de un horno de fundición del tesoro en la Hacienda de Solanda.

La otra gran versión sobre el tesoro de Atahualpa, quizás la más conocida, dice que el Cacique Rumiñahui, que habría sido natural de la zona de Píllaro y por tanto conocedor de estas primitivas y alejadas montañas de los Llanganatis, prefirió esconder en sus entrañas el tesoro del último Emperador de los Incas, que no fue entregado a los españoles por decisión suya. Y, no ha faltado quien, como el escritor Uzcátegui, sostiene que Rumiñahui habría escondido también en los Llanganatis los restos del Inca Atahualpa.<sup>13</sup>

Ernesto Salazar recoge algunas versiones de los cronistas españoles sobre el destino de los restos de Atahualpa. Así, Según Garcilaso de la Vega, el hecho de que Atahualpa hubiera aceptado el Bautismo antes de su muerte permitió que se le conmutara la pena de la hoguera por el garrote vil (ahogamiento con una cuerda y un palo que gira alrededor del cuello) lo que habría permitido el embalsamamiento del Inca y su posterior traslado a Quito, donde el monarca habría expresado

en vida su deseo de ser sepultado, ya que temía que a su muerte sus enemigos se ensañaran con su cuerpo. Luego de su ejecución habría sido enterrado cristianamente por los españoles, pero sus seguidores lo habría desenterrado porque les habría parecido indigno para la majestad del Inca dejarlo en una pobre sepultura bajo tierra, contrariando sus ritos religiosos, sus ceremonias y costumbres.<sup>14</sup>

Murúa dice, en cambio, que Rumiñahui y un jefe llamado Unanchuillo habrían desenterrado secretamente el cuerpo del Inca y lo habrían llevado a Quito.<sup>15</sup> Betanzos asegura que fue Cuxi Yupangue quien se llevó de Cajamarca el cuerpo del Inca para entregarlo a Rumiñahui que se encontraba en Quito. Y narra que luego del garrote le echaron paja encima y le chamuscaron, lo que sumado a los días que debieron pasar hasta su traslado a Quito, hace que muchos historiadores consideren difícil su momificación por cuanto la descomposición habría estado muy avanzada. En todo caso, la tumba donde reposan los restos de Atahualpa, es otro de los grandes misterios de la

13. Uzcátegui Andrade Byron, *Los Llanganates y la Tumba de Atahualpa*, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1992

14. Garcilaso de la Vega Inca, *Historia General del Perú*, Segunda parte de los comentarios reales. Colección Autores Peruanos, 3 volúmenes, Editorial Universo, Lima 1970

15. Murúa Martín de, *Historia General del Perú*, Edición de Manuel Ballesteros, Historia 16, Madrid, 1987

historia y, sin lugar a dudas, está a la espera de que arqueólogos, aventureros o huaqueros la descubran algún día, como se descubrió en Perú, la rica tumba del Señor de Sipán, o la espléndida pieza de oro que representa al Cacique de la Balsa que se bañaba en oro, encontrado en las inmediaciones de la laguna de Guatavita, cerca de Bogotá, que parece confirmar de alguna manera la leyenda de El Dorado, la misma que se exhibe en el Museo del Oro de la capital colombiana, junto con 37.000 piezas de metal precioso rescatadas de entierros prehispánicos en el territorio del país vecino. Como sabemos, Rumiñahui fue hecho prisionero por los españoles, sometido a crueles torturas y ejecutado en 1534, pero se llevó a la tumba el secreto del tesoro de Atahualpa y el lugar donde reposan sus restos.

Cristóbal de Albornoz en su descripción sobre las huacas del Perú, dice que los Llanganatis eran huaca principal de los indios, y narra que "es un cerro nevado que está en unas arboledas junto al pueblo de Patadi" (Patate).<sup>16</sup> Vale la pena anotar que los Llanganatis rara vez están descubiertos, generalmente están tapados por densas nubes y continuas precipitaciones; de

hecho es una de las zonas de mayor pluviosidad en el Ecuador. La cumbre del Cerro Hermoso sólo tiene nieve cuando hay fuertes tormentas en que la nevada le cubre de un manto blanco, que desaparece con el tiempo. No sería extraño, sin embargo, que a la llegada de los españoles esa cumbre, así como muchas otras de la sierra andina, estuvieran cubiertas de glaciares que se fueron derritiendo con el tiempo. Hay que recordar que en los últimos 20 años, según estudios y observaciones científicas, los glaciares de los nevados en los Andes ecuatoriales, han retrocedido entre 200 y 300 metros y el mejor ejemplo son el Cotopaxi, Cayambe, Antisana, Chimborazo y Tungurahua.

Es ilustrativo explicar que existen tres caminos por los cuales se puede acceder a las estribaciones de la gran cordillera de los Llanganatis: por el norte, el camino que parte de la ciudad de Salcedo hacia el Oriente y que pasando por las lagunas de Anteojos llega hasta el filo de la selva, donde se ha detenido negligentemente la construcción de la vía que algún día se convertirá en la Salcedo -Napo; la carretera que va de Ambato a Píllaro, pueblo base de los buscadores de tesoros y, que pasando por las fértiles tie-

---

16. Albornoz Cristóbal de. Instrucción para descubrir todas las huacas del Perú y sus camayos y haciendas, ritos, bailes, adornos. Memoria 3:309-336. Original Siglo XVI

rras de la antigua hacienda de Hua-gra Huasi, donde se pueden observar los famosos toros de lidia, llega hasta la laguna de Pisayambo y se interna aún más hacia el Este, hasta que el camino se pierde al filo mismo de un gran farallón en donde empiezan los Llanganatis. Finalmente, la carretera que partiendo de Patate, pasa por la bella Hacienda de Leyto, donde vivió el sabio español Anastasio Guzmán -y en la cual se puede admirar los osos de anteojos que viven allí en cautiverio desde hace muchísimos años-, llega al caserío de "El Triunfo", en la vertiente sur oriental de los Llanganatis, desde donde se ha iniciado gran cantidad de expediciones de aventureros, mineros y andinistas. Desde esta población se puede salir por otro camino, hasta la población de Baños, cruzando el río Patate, abajo de la desembocadura del Río Ulba.

Las personas amantes de la naturaleza y el paisaje, podrán admirar en todas estas rutas que casi llegan a tocar el cielo, panoramas jamás vistos, una gran variedad de pisos climáticos y una riqueza de flora y fauna pocas veces advertida, y sobre todo, conocer el Ecuador profundo y su tesoro más valioso, su gente; ese país mágico, rico en tradiciones, cuentos y leyendas, donde el tiempo se ha detenido al

punto de parecer que es el mismo que se puede visualizar al leer las crónicas antiguas, el que pocos conocen y que de visitarlo nos permitiría asimilar una perspectiva diferente del Ecuador, que no se puede tener desde la carretera Panamericana y la comodidad del asfalto, la rutina del escritorio o la frivolidad social de las ciudades.

Volviendo al tema del oro de Atahualpa, Ernesto Salazar, nos cuenta en su obra citada, que la leyenda del tesoro de Atahualpa cobra actualidad en 1857, cuando el naturalista y expedicionario británico Richard Spruce llegó a Baños, luego de haber remontado todo el curso del Amazonas. En ese pueblo indagó por unos picos que se encuentran entre el Cotopaxi y el Tungurahua, siendo informado que se trata de los Llanganatis, donde le dicen que hay indicios de abundantes minerales y le cuentan la leyenda de que allí se encontraría escondido el tesoro de Atahualpa.

La narración oral sobre el tesoro de los Incas se complementa con la leyenda sobre el "derrotero de Valverde", según la cual en 1589, un español llamado Juan de Valverde, casado con la hija del Cacique de Píllaro, fue favorecido con la revelación de su suegro acerca del lugar donde habría estado escondida una parte de los tesoros del Inca,

habiéndose sustraído el afortunado yerno una cantidad de oro suficiente que le permitió regresar a vivir a España donde sentó casa y vivió con gran boato y comodidad. A su muerte habría revelado el secreto de su riqueza al Rey de España, dictando a un escribano la ruta para llegar al tesoro, lo que motivó que años más tarde un Soberano español dictara efectivamente una Cédula Real dirigida a los Corregidores de Latacunga y Ambato en la cual les ordenaba la búsqueda del tesoro. En cumplimiento de la real orden, el Corregidor de "Tacunga", don Antonio Pástor y Marín de Segura, Marqués De Llosa, organizó en 1794 una expedición a los Llanganatis, que terminó en forma macabra cuando el Padre Longo que acompañó al grupo, desapareció misteriosamente, sin haber sido encontrado jamás. El funcionario informó a su regreso la trágica desaparición del sacerdote y aseguró que no se encontró nada y que los datos del derrotero de Valverde no coincidían con los accidentes geográficos del lugar. Poco después de esta expedición el Corregidor extrañamente renunció a su cargo tan codiciado en esa época y se asentó en las selvas orientales de Copataza y Canelos, vecinas a las estribaciones de los Sachallanganatis, donde supuestamente se dedicó a

explotar "ishpingo" (canela) y exportarla a Europa de lo que habría hecho una inmensa fortuna.

Curiosamente, los periódicos de Lima dieron a conocer, en 1965, una noticia que fue recogida por el diario Ultimas Noticias de Quito, de Jueves 28 de Octubre de ese año, según la cual se habría encontrado, en la capital peruana, el testamento de un señor Pástor, que dejó una fortuna a sus descendientes de quinta generación, calculada en millones de libras esterlinas de la época, consistente en oro, piedras preciosas y vasijas incas, que habría sido depositada en el Banco Real de Escocia, en Edimburgo, desde 1803, lo que desató la codicia en Ecuador y Perú de muchas familias con ese apellido que trataban de comprobar su parentesco con el citado Corregidor de Tacunga.

De las investigaciones realizadas por los ávidos descendientes, así como por el explorador de fama mundial Mr. Hammish Macinnes, se llegó a decir que la fortuna fue transportada desde el puerto peruano de Lambayeque a Escocia en 1803, en el barco "El Pensamiento", cuya existencia se habría verificado en los registros de la aseguradora Lloyds, al mando de los Capitanes John Doigg y John Fanning, cuya existencia se habría comprobado también en la Marina

británica; que el depósito estaba firmado por el banquero, Francis Mollison y los señalados Capitanes; y, que semejante tesoro quedó registrado a nombre de Narcisca Martínez, segunda mujer del Corregidor Pástor. El Banco efectivamente existía a la fecha en que vivió el causante, pero esa institución bancaria adujo que los archivos de esa época se quemaron en un incendio ocurrido hace mucho tiempo y que no podían responsabilizarse de ese supuesto depósito luego de tantos años, con lo cual esta millonaria herencia desapareció.<sup>17</sup>

El expedicionario ecuatoriano Luciano Andrade Marín llega a sugerir en su obra, que quizás el Padre Longo fue el verdadero portador del derrotero de Valverde y que habría sido asesinado por sus compañeros de expedición con el fin de arrebatarle el documento y que al retorno a Latacunga habrían entregado a los archivos de la ciudad un derrotero similar, pero alterado en su parte fundamental, lo que explicaría que el derrotero correspondía exactamente a los sitios descritos por el español Valverde, en su mayor parte, salvo en el tramo final, en el picacho

de pirita (el oro de los tontos) conocido como Las Torres, donde se vuelve confuso e incomprensible.

Las tradiciones de la zona de Píllaro hablan también de la supuesta presencia de un socavón en forma de pórtico de iglesia. Lo cierto es que Andrade Marín asegura que el derrotero conduciría a una zona pantanosa, donde habría granitos de oro y un socavón que sugiere la existencia de una explotación minera, e incluso indicios de la presencia de un horno de fundición.<sup>18</sup>

Tanto la Cédula Real como el derrotero de Valverde fueron depositados en los Archivos de la Ciudad de Latacunga, de donde desaparecieron misteriosamente en 1837. Claro está que mucha gente obtuvo una copia del derrotero original, una de las cuales, fechada 14 de agosto de 1827 llegó a manos del expedicionario Richard Spruce, así como otro mapa de la zona, que el botánico español Anastasio Guzmán elaboró luego de varias expediciones a esa cordillera en busca de minas de oro, plata y cobre y que lo publicó en su obra sobre los Llanganatis.<sup>19</sup>

Ernesto Salazar nos cuenta que descubrió que en la recepción del

17. Anhalzer Jorge. "Llanganati", Imprenta Mariscal, Quito, 1998

18. Andrade Marín Luciano, Llanganati, Expedición Italo- ecuatoriana Boschetti-Andrade Marín, 1933-1934, Editorial Santo Domingo, Quito, Segunda Edición. 1970

19. Spruce Richard, On The Mountains of Llanganati in the Eastern Cordillera of the Quitoian Andes, illustrated by a map constructed by the late don Atanasio Guzmán. Journal of the Royal Geographic Society, 1862

Museo Jacinto Jijón y Caamaño se exhibe una copia del mapa de los Llanganatis, del sabio botánico don Anastasio Guzmán, fechado, "Quito, 27 de Agosto de 1851", con una referencia de escala al pie izquierdo que dice: "leguas españolas de 6666 2/3 cada una", el mismo que fue restaurado en 1977 por Mario Porras, por disposición del Director del Museo Padre José María Vargas, ya fallecido, quien lo había encontrado entre los documentos y papeles de la donación que hizo la familia Jijón a la Universidad Católica de Quito.

Nadie conoce con certeza el paradero del mapa original del sabio español Anastasio Guzmán, pero sí hay referencias históricas de que fue amigo de José Mejía Lequerica, quien habría colaborado con el científico en algunos trabajos y se constituyó en depositario de sus bienes a la muerte del botánico español en 1807. Cuando Mejía Lequerica muere en 1813, su viuda reclama para sí la herencia de Guzmán en 1817, consistente en unos pocos bienes y una rica colección de documentos y apuntes de sus estudios naturalistas en el Ecuador. Con el tiempo los documentos pasaron a la Universidad, donde llegó la mayor parte de ellos en 1825, así como a colecciones y museos privados. Algunos de estos documen-

tos habrían pasado a manos del historiador González Suárez y luego a don Jacinto Jijón y Caamaño.

En el mapa del botánico español, -que vino al Ecuador a trabajar para don Jacinto Bejarano, Caballero de Calatrava y Coronel del Batallón de Milicias de Guayaquil, como mayordomo de sus estancias, según el investigador ibérico lo relata en su diario, se aprecia una ilustración topográfica prolija y el señalamiento de alrededor de 27 minas con indicación del mineral o metal de que se trata, pero no hace ninguna referencia al viejo derrotero de Valverde.

Ernesto Salazar dice que Alfred Russell Wallace, el gran evolucionista británico y co-descubridor del mecanismo de la selección natural, recolectó, a la muerte de su amigo Richard Spruce, las cartas e informes que conformaron su obra "Notes of botanist in the Amazon and Andes" y, que en su nota crítica sobre el tesoro procura dar confiabilidad a los documentos publicados por Spruce.

El explorador y geógrafo Luciano Andrade Marín cuenta que el Dr. Mariano Enríquez de Guzmán, cura de Píllaro, habría realizado varias expediciones a los Llanganatis, entre 1784 y 1797, así como la elaboración de un mapa de la zona, bastante simple, que llegó a sus manos

de manera fortuita, el mismo que hace referencia al derrotero de Valverde, pero con algunas diferencias del reproducido por Spruce.

Ernesto Salazar encontró, a su vez, en el Fondo Jijón y Caamaño del Archivo Histórico del Banco Central, un certificado de buena conducta expedido por Luis Muñoz Guzmán que acredita que el Padre Enríquez de Guzmán trabajaba a esa fecha a sus expensas en la construcción de un camino hacia el río Napo que cruza por los Llanganatis con el fin de facilitar a los feligreses el viaje a Maynas y descubrir las minas que se supone existen en esos bosques.

Luciano Andrade Marín publica en su libro un recuento cronológico de todas las expediciones realizadas hacia los Llanganatis, todas ellas rodeadas de situaciones novelescas y muchas veces trágicas. Asimismo, reproduce una historia que escuchó de tercera persona, según la cual un nieto de Richard Spruce, le contó al Comandante George Dyott, - personaje conocido por una expedición que realizó a la selva amazónica en busca del famoso expedicionario Perry Fawcett- que unos marinos de apellido Blaque y Chapman ( quien murió de pulmonía al salir de las montañas), habrían utilizado un mapa proporcionado por Spruce para rescatar de

los Llanganatis una pequeña parte del tesoro y que habrían encontrado un depósito del metal que ni cien hombres hubieran podido sacarlo. Blaque escribió a Spruce una carta con información sobre este hecho que éste no alcanzó a recibir debido a que falleció en 1893. El nieto de Spruce con la carta en mano contrató al Comandante Dyott para una nueva expedición a los Llanganatis, quien realizó dos viajes, en 1946 y 1947 con el mismo plano utilizado por el marino Blaque, pero nunca encontró nada aunque siempre manifestó su convencimiento de que el tesoro existe.

Entre las expediciones que cita Ernesto Salazar en su obra crítica, están las del Coronel Brooks, en 1912, cuya acompañante murió a orillas de uno de los lagos de la montaña, lo que llevó al aventurero a la desesperación y se perdió en la zona hasta que fue rescatado. La de don José Quinteros en 1938, que ya muy anciano hizo una expedición en solitario, falleciendo en la montaña. La del ingeniero austriaco Paul Turt de Koox en 1909, quien habría extraído también cierta cantidad de oro encontrado de uno de los lagos, pero que según otros historiadores habría sido cobre. Este aventurero fue a Europa a buscar financiamiento para una nueva expedición y cuando lo consiguió fa-

llecio de neumonía. El sueco Rolph Blomberg, en 1956 exploró los Llanganatis por tierra y aire sin encontrar nada, lo que lo desvió hacia la amazonía donde se dedicó a realizar filmaciones de la naturaleza. Los italianos Julio Boschetti y Umberto Re, en sociedad con Luciano Andrade Marín, realizaron, sin éxito, expediciones durante 30 años para buscar el tesoro de Atahualpa.

La lista sigue actualmente con fanáticos, aventureros y románticos como Diego Arias, ya fallecido, que vivió para el mito y nuestro querido amigo, actor cinematográfico y chef de fama internacional, Gonzalo Dávila que, enamorado de las leyendas y tradiciones de nuestra tierra, ha realizado decenas de expediciones a esas montañas.

Asimismo debemos anotar la formación de empresas nacionales e internacionales que estarían interesadas en organizar expediciones hacia los Llanganatis, incorporando moderna tecnología que facilitaría la eventual ubicación del tesoro, las que han sido rechazadas por el Instituto de Patrimonio Cultural por carecer de un objetivo científico arqueológico de interés histórico cultural, y aparecer más bien como aventuras destinadas exclusivamente a buscar el misterioso tesoro de

Atahualpa. Se cita por ejemplo el "Proyecto Llanganati", presentado por la Compañía "Ecuadorian Explorations Inc.", que pretendía verificar la exactitud del derrotero de Valverde y catalogar estructuras precolombinas existentes y en definitiva se orientaba al descubrimiento del tesoro, para cuyo reparto proponía al Estado dividirse al 50%.<sup>20</sup>

Otro proyecto que se presentó fue el "Ushunnu" de la compañía ecuatoriana "Andexploraciones S.A.", apoyado por el grupo norteamericano Discovery II de Michigan, con la contribución académica de la Universidad Central, al que se le consideró con objetivos de carácter muy general, como investigar la existencia de vestigios culturales, descubrir testimonios incas o preincas, levantar un mapa arqueológico, difundir los resultados y elaborar un video, pero sin señalar estrategias metodológicas para confirmar la hipótesis de que los incas habrían ocupado esa zona con fines ganaderos y de extracción minera.

Resulta sorprendente lo que señala Ernesto Salazar sobre este caso, en el sentido de que la empresa "Andexploraciones S.A.", mucho antes de presentar su proyecto al Instituto de Patrimonio Cultural y

---

20. Charbonneau Steven y Cuadra Verónica, Proyecto "Llanganati", Instituto de Patrimonio Cultural, Quito Ms. 1987.

obtener la autorización respectiva, haya podido realizar con toda libertad y sin permiso, más de 31 expediciones entre 1982 y 1991: Búsqueda de una mina en la Cordillera de Mulatos en 1983, fotografía aérea de Treasure Lake en 1985, prueba de dragas en el río Verde Yacu en 1987, prospección de ruinas pre-españolas en Parcayacu y de canales de agua y construcción de helipuerto en 1987, buceo de varios lagos de Llanganatis, incluyendo Treasure Lake en 1987, buceo y dragado parcial de Laguna Verde en 1988, descenso con rapel a la laguna subterránea en Hueco Cuadrado en 1988, introducción de una cámara filmadora en Hueco Cuadrado en 1988, sobrevuelo en helicóptero para fotografía infrarroja en Llanganatis con el fin de detectar caminos prehispánicos en 1990, expedición para comprobar puntos importantes de los planos de Blake y Guzmán en 1990, e innumerables expediciones terrestres por todos los puntos cardinales de los Llanganatis.

El equipo con el que contaba esta compañía para sus exploraciones es de tecnología de punta: aparatos para prospección aérea y de profundidad, helicóptero, radar de penetración terrestre para detectar túneles, cavernas o cuevas hasta 92 metros de profundidad, magnetómetro

para fallas, cuevas, paredes, trincheras que hayan sido cavadas y rellenadas, fotografía infrarroja para detectar la existencia de metales no ferrosos, vehículo de operación a control remoto para explorar y rescatar, si es necesario, piezas que puedan encontrarse bajo el agua de la cueva en la parte superior del Cerro Hermoso y otros objetos.

Aunque esta compañía ofrecía que los frutos de esta expedición serían para el Gobierno del Ecuador a través del Instituto de Patrimonio Cultural, el Presidente de "Andexploraciones S.A", Oswaldo Garcés, un ecuatoriano que sostiene ser descendiente de Atahualpa, declaró en Miami que "a pesar de que la posición de las autoridades del Ecuador es que el oro que se pudiera encontrar pertenece al Estado, la Compañía quería quedarse con algo de él". El Instituto de Patrimonio finalmente rechazó la ejecución del proyecto "Ushunnu".

Las tradiciones y leyendas sobre el tesoro de Atahualpa escondido en los Llanganatis por Rumiñahui han sido recogidas por algunos historiadores modernos y han sufrido imaginativas modificaciones que enriquecen el folklore del Ecuador. Así, siguen motivando a los aventureros y arqueólogos nacionales y extranjeros que por codicia, interés científico o turismo

persisten en programar expediciones a las misteriosas montañas de los Llanganatis.

Jorge Anhalzer, fotógrafo y explorador ecuatoriano, nos cuenta en su libro maravillosamente ilustrado sobre los Llanganatis, que ha realizado varios viajes por tierra a esa región con algunos miembros del "Explorer Club de Nueva York" que lo contrataron como guía y, que ha sobrevolado la zona con su avión ultraligero y en helicóptero, dando fe de haber encontrado en las selvas cercanas al río Mulatos unas ruinas de piedra muy antiguas, que se asemejaban a piscinas alimentadas por un par de largos canales que dan la impresión de haber sido tal vez, en épocas remotas un complejo minero. En su opinión, el derrotero coincide exactamente con los accidentes geográficos citados por Valverde, hasta un sitio determinado, luego de lo cual se vuelve confuso.

Pero los cuentos sobre tesoros escondidos en los Andes del Ecuador no se limitan a los Llanganatis y Quinara solamente. Volviendo al interesante trabajo publicado por Ernesto Salazar, podemos leer que durante la colonia era común que se formasen ante Notario Público sociedades de huaqueros dedicadas a excavar tesoros prehispánicos, bajo la protección de una figura re-

ligiosa, como la formada en Cuenca en 1593, a nombre de nuestra Señora del Rosario, por Juan de Balladares y Juan Ramos de Aguayo, para explotar una huaca ubicada en el sector, con un área de excavación permitida de media legua a la redonda del sitio del entierro, donde se estipulaban los porcentajes del reparto, en el cual la Virgen del Rosario era recompensada por el favor divino que se esperaba concediera, con un cuarto del tesoro que se encuentre y el resto, deducidos gastos, para los socios. Nos explica que el término "huaca" en la cultura andina significa lugar sagrado o tumba, sea esta un sitio específico o un monte o quebrada, pero la práctica de esta actividad, a la que se conoce como "huaquear", a cargo de un "huaquero", se circunscribió simplemente a un entierro o tesoro escondido.

De entre la infinidad de huaqueros clandestinos que saquearon el patrimonio nacional, muy pocos fueron detectados o sorprendidos; excepcionales casos en los cuales se activaba un expediente por parte de las autoridades, para recuperar la participación por parte del Estado en el tesoro encontrado, a propósito de lo cual dicho autor anota el expediente que se abrió en Cuenca en 1780, debido al hallazgo de un supuesto tesoro en Guangarcucho, en

las tierras del Cacique de Nultí, Pedro Pumacuri, sin que los denunciantes hubieran podido probar tal hecho, por lo que el Juez falló que no había lugar al quinto real.

También relata el mismo autor sobre otro juicio en 1560, cuando un grupo de cuencanos, comandados por don Juan Salazar de Villasante, Oidor de la Real Audiencia de Quito, que buscaban la tumba del Inca Hayna Cápac, saquearon algunas tumbas Cañaris en los alrededores de Ingapirca, sin haberlo logrado, pero encontraron en su lugar una rica tumba cañari con importantes piezas de oro, plata, bronce y espondylus. Como el tramposo Oidor no pagó sus jornales a los indios excavadores ni quiso repartir con sus socios lo encontrado, éstos lo denunciaron ante las autoridades del Tesoro en Cuenca, producto de lo cual fue acusado de evadir impuestos. De las cinco tumbas cavadas, sólo declaró una cuyo valor fue tasado en 3.000 pesos de la época.

En Chordeleg, Provincia del Azuay, don Antonio Heduvides Serrano e Ignacio Serrano se dedicaron a explotar lavaderos de oro en el cerro "Faisañán", montaña sagrada de los Cañaris, pero enterados de las versiones sobre la existencia de huacas, comenzó a buscarlas en el centro mismo del pue-

blo, a tres cuadras al sur de la plaza central y siguiendo la huellas de los gases inflamables que se desprenden de los entierros, encontró el sepulcro de un potentado cacique con 7 arrobas de oro en hermosas piezas labradas. Tiempo después encontró en el sitio "Shimpirca", al Este de la plaza otra importante huaca con 6 arrobas de oro en piezas, entre las que se destaca un jarro de oro macizo, una corona y una placa de oro que fue bautizada como "contador cañari", una especie de ábaco indígena. El tercer entierro encontrado a 50 metros de la plaza arrojó otras 6 arrobas de oro. Las excavaciones continuaron hasta 1869 habiendo llegado a juntar 50 arrobas de oro en total. El oro extraído de Chordeleg por don Antonio fue llevado a Lima, y al no poder vender las piezas fue fundido y convertido en "esterlinas" que luego las habría repatriado a Guayaquil en un barco que nunca llegó a su destino.

El investigador cita varios documentos del Archivo Histórico de Cuenca, que recogen denuncias de tesoros que habían sido encontrados en Chordeleg y Cojitambo, sin dar aviso a las autoridades para el cobro del impuesto de ley. En 1899 varios ciudadanos encontraron 12 huacas en la zona de Sigsig, que produjeron entre 44 libras y 2 quin-

tales de oro, que alcanzaron para llenar cinco arcones; entre las piezas se destacaba un rondador de oro, un casco de oro y una lámina circular de plata. En 1930, don Ignacio Samaniego encontró en el sitio donde está la plaza del mercado una tumba importante cuyas piezas fueron donadas al Santuario de Tudul, que luego habrían pasado al Museo Jacinto Jijón y Caamaño de donde finalmente se perdieron. En 1956, en el sitio Shingate, a orillas del río Santa Bárbara, unas lavanderas encontraron un lote importante de ornamentos de oro y plata que asimismo terminaron siendo robados.

El Atlas Geográfico de González Suárez dice que en Guapán se encontró una enorme tumba con 500 hachas de cobre. El famoso "contador Cañari" fue obsequiado por don Antonio Serrano a González Suárez, quien prestó la pieza al Gobierno ecuatoriano para presentarla en las exposiciones de Chicago y Madrid, habiendo retornado al país partida en dos. Una de las partes se perdió y la otra habría ido a parar a la colección particular del Dr. Luis Felipe Borja, según lo menciona Ernesto Salazar en su libro.

Otra de las versiones recogidas por Salazar dice que el Cónsul de Venezuela en París, Eugene Thirion, adquirió un importante tesoro

que sus proveedores de Guayaquil le indicaron que provenía de una huaca cercana a Cuenca, descrita por L. Heuzey, en "Le Trésor de Cuenca", publicado en "Gazette des Beaux-Arts", de París en 1870, entre los cuales habría estado el casco descrito por González Suárez y otras piezas maravillosas con un peso total de 10 kilogramos de oro.

También habla del guayaquileño Nicolás Ribadeneira, quien adquirió un importante lote de piezas de oro hallado en 1899 de una tumba de Sigsig, que mereció el primer premio en la Exposición de La Filantropía en Guayaquil en 1899 y luego lo vendió a Marshall Saville quien lo entregó a su protectora Marie A. Heye quien las donó al Museo del Indio de la "Heye Foundation", donde están registradas con las tarjetas numeradas del 2062 al 2074.

Una máscara de oro con ojos de platino, pendientes, collares, diadema en oro y esmeraldas, excavada por el norteamericano, James Judge en Limones, fue recuperada por el Museo del Banco Central del Ecuador y ha sido objeto de un pleito judicial por su posesión, en 1987, donde hubo influencias políticas a favor del reclamante.

Asimismo, reproduce la historia del sol de oro, que fue adoptado como símbolo del Banco Central del Ecuador y que se decía origi-

nalmente que fue encontrado en la zona de la cultura de La Tolita, cuando fue en realidad hallado en 1940 en la localidad de Chucunari, ubicada entre Sigsig y Chordeleg, según versiones de la familia Veintimilla, propietaria de la pieza antes de que sea vendida al señor Max Conanz, colección particular que luego se vendió al museo del Banco Central, como consta en el Boletín de Informaciones Científicas Nacionales No. 58, de 1953.

Cuando el científico francés Carlos María de la Condamine navegó por el río Esmeraldas en dirección a Quito, visitó las minas de esmeraldas del río Biliche, que los incas llamaban "umica cuna", y escuchó la leyenda sobre los pobladores de Manabí que antes de los Incas, adoraban una esmeralda del tamaño de un huevo de avestruz a la que habrían construido un templo. Entre los hallazgos que hicieron en la zona del río Esmeraldas encontraron un mineral que no siendo oro ni plata, llamaron platino. Para los habitantes de la Real Audiencia de Quito, obsesionados por los tesoros, el verdadero motivo de la Expedición Geodésica francesa al Ecuador era buscar el

tesoro de los incas y su imaginación llegaba al punto que tomaron la "toesa" como una varita mágica para encontrar el tesoro de los Incas, denunciándolo ante el Presidente de la Audiencia, don José de Araujo y Río.<sup>21</sup>

La Condamine narra en sus memorias que por el gran camino de Cartagena a Quito en el año de 1741 no se veía otra cosa que mulas cargadas de oro y plata. La tradición local contaba que una de esas mulas cayó en el río Pisque con un cargamento de oro que nadie lo había podido recuperar, lo que desató la ambición de uno de los académicos franceses, Luis Godin, quien invirtió todos sus recursos en un proyecto para desviar el curso del río en el lugar donde supuestamente habría caído la mula, sin que haya podido encontrar el precioso metal.<sup>22</sup>

Todas estas historias traen a mi memoria una curiosa experiencia que viví en el año 1974, en las faldas del monte Chiltazón, (Cerro de la Plata) en la Parroquia San Isidro de la Provincia del Carchi cuando regresábamos de un paseo a caballo de dos días por los páramos de "El Angel" al que fui invitado por

21. Wolfgang Von Hagen Víctor, "Carlos María de la Condamine y los medidores de la tierra", pp 134 138, 162, traducción de Teodoro Ortiz, La Misión Geodésica Francesa, homenaje en su 250 aniversario, Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas, Quito, 1987.

22. Ramos Gómez Luis, "El Viaje a América de Jorge Juan y de Antonio de Ulloa, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p.180, Madrid, 1985.

José Miguel Terán Dammer. Eran las seis de la tarde y comenzábamos a dejar atrás los frailejones y pajonales para entrar en la llanura de "El Colorado" situada en la parte alta de la famosa hacienda "Ingüesa", con diez mil hectáreas de extensión, de propiedad de la familia Terán-Navarrete, hoy dividida entre sus herederos, cuando de pronto se encendió una llamarada de color azul que salía del suelo, dentro de unos chaparrales junto al río. Creyendo que se trataba de abigeos que despostaban ganado bravo robado de la hacienda, se descargaron los fusiles al aire para amedrentar a los supuestos bandidos; la llama desapareció y el viejo mayordomo don Célamo España, empedernido cazador de venados, desmontó de su cabalgadura y se dirigió hacia el sitio a investigar, acompañado de una jauría de excitados perros bramadores de montería que, atropelladamente, se dirigieron al chaparro creyendo que se trataba de un "Soche" o venado de monte. Pero cosa curiosa, no había nadie, la llama no volvió a aparecer y los matorrales desde donde salió la llamarada no tenían muestras de haberse chamuscado, lo que provocó que los empleados comenzaran a especular sobre la posibilidad de que fuera la candela de una "huaca" de infieles.

En otra ocasión, en los potreros cercanos a la antigua casona de esa misma hacienda tuve la oportunidad de presenciar la excavación de la tumba de un "infiel" por parte de un experto huaquero del pueblo de "El Angel". El hombre introdujo en el suelo una varilla de acero de un metro de largo y del grosor de un lápiz, la sacó y observó con detenimiento la tierra adherida a la varilla, que era toda igual y del mismo color, señal según él, de que esa tierra jamás había sido tocada y por tanto no había nada. Siguió con esta operación, dentro de un cuadrante del potrero de 3x3 metros, delimitado por un cordel, hasta que introdujo nuevamente el artefacto, lo extrajo y pudo observar con gran satisfacción que los restos de la tierra pegados al acero eran de diferentes colores y estaban mezclados, señal de que la tierra había sido removida y por tanto había que excavar en ese lugar. En la tumba, que se encontraba a dos metros de profundidad, se halló una cavidad donde yacían restos óseos y algunas bonitas piezas de barro quemado solamente, sin ningún valor, lo que mató el entusiasmo de los ambiciosos huaqueros que esperaban encontrar una rica huaca quintalera, quizás la del Cacique de los "Ingües", cuya existencia y riqueza en piezas de oro se asegura debe estar

en algún lugar al pie del cerro "Iguán".

Al calor de la chimenea y de unos aguardientes, la ocasión fue propicia para escuchar de boca del jardinero de la hacienda, Juan Rinconada, con su típico acento norteño "alita" mil cuentos de infieles, huacas y huaqueros que se escuchan en la región. De ellos recuerdo el de un pobre peón que, luego de una noche de diluvio, se dirigía por el camino que va del pueblo de San Isidro a Ingüesa, cuando vio a un lado del camino un brillo que salía de la tierra y al acercarse y raspar en el lodo encontró una estatuilla de oro puro, la cual con semejante tormenta había quedado expuesta al sol y reflejaba sus primeras luces. Por su parte, los propietarios de la hacienda cuentan su propia tradición familiar respecto a una importante fortuna enterrada por su antepasado don Miguel Terán y Terán, en la vieja casona de la hacienda adquirida por él en 1884, que hasta ahora no ha podido ser ubicada.

También se cuenta como verdadera una historia, que si bien no tiene nada que ver con entierros de tesoros precolombinos, es sumamente curiosa. Se trata del caso de un modesto comerciante de ganado que, a principios de los 60, se encontraba pastando sus reses en el páramo, cuando una avioneta que

venía de Colombia se estrelló en la montaña muy cerca de donde él estaba, lo que le permitió recoger algunas de las cajas cargadas de dinero que trasladaba la aeronave - para financiar supuestamente la campaña política de algún candidato a la presidencia - y esconderlas por algún tiempo en el monte, dejando pasar pacientemente varios años hasta que la gente se olvide del hecho. Algún tiempo después, el afortunado campesino apareció con una inmensa fortuna, compró una importante hacienda en la zona, montó una empresa de camiones y varias empresas más y se convirtió en un envidiado potentado de la región. Pero no fue el único favorecido con semejante tesoro; los habitantes de "El Angel" también llegaron al sitio del accidente y alcanzaron a recoger algunos restos del embarque de dinero.

El cura del pueblo, preocupado por el hecho, comenzó a arengar a los fieles durante las misas acerca del gran pecado cometido por los que robaron el dinero y les recordó que serán castigados con las llamas del infierno. Para ayudar a su salvación, ofreció dejar una urna a la entrada de la Iglesia todas las noches y exhortó a los habitantes, particularmente a sus mujeres, a devolver el dinero, para lo cual garantizaba inmunidad y perdón celestial. Los

pedidos del sacerdote desde el púlpito de la iglesia dieron buen resultado y muchos fieles devolvieron el dinero recogido en el páramo, el mismo que una vez contado y apreciado, fue a parar a manos del cura, que dejó la sotana y se convirtió en un próspero agricultor, gracias a la fe y arrepentimiento de los creyentes de El Angel.

Luego de este viaje imaginario por las leyendas y tradiciones del Ecuador volvemos a la realidad.

Son las 6h30 de la tarde y el sol se ha ido del todo, pero en su reemplazo comienza a salir desde las selvas del Pastaza una hermosa luna llena que baña de plata a los Llanganatis mostrando un espectáculo extraordinario. Está oscureciendo, hace frío y es hora de bajar a Baños para disfrutar de una buena comida y del entretenido ambiente de fiesta que se vive en esta acogedora ciudad.



Compiled from various sources by the U.S. Army, 1914

MAP OF THE MOUNTAINS OF THE ANDES IN THE ANDEAN REGION

Compiled from various sources by the U.S. Army, 1914

Scale of Miles